

Sully Prudhomme, sonetos traducidos por Caro; el celebrado soneto de Blanco-White *El Despertar de Adán*, traducido por Pombo; el *Salmo de la vida* de Longfellow, por Conto, y *La Partida* de Byron, por Escobar.

Con el fin de aclarar ciertos pasajes del texto, hemos puesto al pie algunas notas explicativas, especialmente en las composiciones jocosas.

No figura en esta colección la bella oda del Ilustrísimo señor D. Rafael Celedón, Obispo de Santa Marta, *Al Concilio Vaticano*, porque no hemos podido conseguirla.

Sentimos que las obligadas dimensiones de este libro no nos permitan incluir en él algunas composiciones de otros poetas.



GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

Principiamos esta Antología por el más popular de los poetas colombianos, cuyas estrofas andan en boca aun de gente que no sabe leer. Hablando de Gutiérrez González, dice D. Salvador Camacho Roldán: « Cuando los cantos de un poeta han ido más allá del campanario de la aldea, y vagado en alas de las auras, y han sido repetidos por el murmurio de los arroyos, y reproducidos por el eco de las colinas, y antes que aplaudidos en los palacios del rico, han alegrado las vigiliass en las cabañas de los pobres, y resonado en tierras remotas, entonces está medio ganado el pleito de la fama. Y si reducida á polvo la generación que primero los oyó, tal vez indiferente, los cantos levantan la losa de los sepulcros y tornan á repetirse en los ecos, y otras y otras generaciones confirman el fallo, entonces se ha pronunciado la sentencia infalible, y la gloria envía desde lo alto coronas de luz á alumbrar para siempre un nombre decorado con el sello de la inmortalidad. » Examinando D. Rafael Pombo el *¿Por qué no canto?*, juzga que en él « el desempeño excedió á toda esperanza por su originalidad y primor, y cuatro solas de esas estrofas debieron colocar en el acto á su autor en primera línea entre los líricos castellanos dondequiera que á la calidad y no á la cantidad se adjudique la palma de oro. » Gutiérrez González comenzó y terminó la edición que de sus poesías hizo en Medellín por una composición *Á Julia*, como para dar á entender que ella, mujer noble y santa si las hay, fué el principio y el fin de su inspiración; y al pie de un retrato suyo que

el poeta regaló á Julia escribió este cuarteto, expresión fiel de sus delicados sentimientos :

Son nuestras almas místico rüido
De dos flautas lejanas, cuyo son
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor.

Sentimos no disponer de espacio suficiente para reproducir la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, « poema bellissimo que con gusto prohiaría Virgilio » (CUERVO). Nació Gutiérrez González en la Ceja del Tambo, Departamento de Antioquia, el 9 de Mayo de 1826, y murió en Medellín el 6 de Julio de 1872.

A JULIA

Juntos tú y yo vinimos á la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
Á ti vencido yo, tú á mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos (1).

Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquila mar,
Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van.

(1) Para que se entienda rectamente este cuarteto y desaparezca la aparente contradicción que hay entre los versos primero y cuarto, conviene advertir que « vencido » está usado en lugar de « rendido »; que la familia del poeta y la de quien más tarde fué su mujer vivían cerca una de otra y estaban unidas por lazos de estrecha amistad; que ellos se conocieron y trataron desde niños, y que después de dificultades y ausencias obligadas para poder él terminar sus estudios en Bogotá, se hallaron « por fin juntos los dos. »

Tú asida de mi brazo, indiferente
Sigue tu planta mi resuelto pie;
Y de la senda en la áspera pendiente
Á mi lado jamás temas caer.

Y tu mano en mi mano, paso á paso,
Marchamos con descuido al porvenir,
Sin temor de mirar el triste ocaso
Donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreír sonrío,
Reclinado en tu seno angelical,
De ese inocente corazón, que es mío,
Arrullado al tranquilo palpitar.

Y la ternura y el amor constantes
En tu limpia mirada vense arder,
Al través de dos lágrimas brillantes
Que temblando en tus párpados se ven.

Son nuestras almas místico rüido
De dos flautas lejanas, cuyo son
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor;

Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes y la brisa unió.

¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
¡Que te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu pecho exhale ni un suspiro,
Y eso me basta para ser feliz.

¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
 Bajo una misma lápida los dos!
 ¡Mas mi muerte jamás tus ojos lloren!
 ¡Ni en la muerte tus ojos cierre yo!



¿POR QUÉ NO CANTO?

Á DOMINGO DÍAZ GRANADOS

¿Por qué no canto? ¿Has visto á la paloma
 Que cuando asoma en el oriente el sol
 Con tierno arrullo su canción levanta,
 Y alegre canta
 La dulce aurora de su dulce amor?

Y ¿no la has visto cuando el sol se avanza
 Y ardiente lanza rayos del cenit,
 Que fatigada tiende silenciosa
 Ala amorosa
 Sobre su nido, y calla, y es feliz?

Todos cantamos en la edad primera
 Cuando hechicera inspíranos la edad,
 Y publicamos necios, indiscretos,
 Muchos secretos
 Que el corazón debiera sepultar.

Quando al encuentro del placer salimos,
 Cuando sentimos el primer amor,
 Entusiasmados de placer cantamos
 Y evaporamos
 Nuestra dicha al compás de una canción.

Pero después... nuestro placer guardamos,
 Como ocultamos el mayor pesar;
 Porque es mejor en soledad el llanto,
 ¡Y crece tanto
 Nuestra dicha en humilde oscuridad!

Sólo en oscuro, retirado asilo
 Puede tranquilo el corazón gozar;
 Sólo en secreto sus favores presta,
 Siempre modesta,
 La que el hombre llamó *felicidad*.

¿Conoces tú la flor de batatilla,
 La flor sencilla, la modesta flor?
 Así es la dicha que mi labio nombra;
 Crece á la sombra,
 Mas se marchita con la luz del sol.

Debe cantar el que en su pecho siente
 Que brota ardiente su primer amor;
 Debe cantar el corazón que, herido,
 Llora afligido,
 Si ha de ser inmortal su inspiración.

Porque la lira, en cuyo pie grabado
 Un nombre amado por nosotros fué,
 Debe á los cielos levantar sus notas,
 Ó hacer que rotas
 Todas sus cuerdas para siempre estén.

Pero cantar cuando insegura y muerta
 La voz incierta triste sonará....

Pero cantar cuando jamás se eleva
 Y el aire lleva
 Perdida la canción, ¡triste es cantar!

¡Triste es cantar cuando se escucha al lado
 De enamorado trovador la voz!
 ¡Triste es cantar cuando impotentes vemos
 Que no podemos
 Nuestras voces unir á su canción!

Mas tú debes cantar. Tú con tu acento
 Al sentimiento más nobleza das;
 Tus versos pueden fáciles y tiernos
 Hacer eternos
 Tu nombre y tu laúd... Debes cantar.

¡Canta, y arrulle tu canción sabrosa
 Mi silenciosa, humilde oscuridad!
 ¡Canta, que es sólo á los aplausos dado
 Con eco prolongado
 Tu voz interrumpir!... Debes cantar.

Pero no puedes, como yo he podido,
 En el olvido sepultarte tú;
 Que sin cesar y por doquier resuena
 Y el aire llena
 La dulce vibración de tu laúd.

No hay sombras para tí. Como el cocuyo
 El genio tuyo ostenta su fanal;
 Y huyendo de la luz, la luz llevando,
 Sigue alumbrando
 Las mismas sombras que buscando va.



AURES (1)

De peñón en peñón turbias saltando
Las aguas de AURES descender se ven;
La roca de granito socavado
Con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla
Temblorosos, condensan el vapor;
Y en sus columpios trémulas vacilan
Las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,
Entretejido, el verde carrizal,
Como de un cofre en el oscuro fondo
Los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
Forman grutas do no penetra el sol,
Como el toldo de mimbres y de palmas
Que Lucina tejió para Endimión.

Reclinado á su sombra, ¡cuántas veces
Vi mi casa á lo lejos blanquear,
Paloma oculta entre el ramaje verde,
Oveja solitaria en el gramal!

(1) Heredad paterna, que el poeta se vió forzado á vender por haber venido á menos en bienes de fortuna. Se le dió el nombre de *Aures* á causa de sus ricas minas de oro.

Del techo bronceado se elevaba
El humo tenue en espiral azul....
La dicha que forjaba entonces el alma
Fresca la guarda la memoria aún.

Allí, á la sombra de esos verdes bosques
Correr los años de mi infancia ví;
Los poblé de ilusiones cuando joven,
Y cerca de ellos aspiré á morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia....
¡Basta! las penas tienen su pudor,
Y nombres hay que nunca se pronuncian
Sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta
Blanco azulado el humo del hogar;
Ya ese fuego lo enciende mano extraña.
Ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja
Ve de la tarde á la rosada luz
La amarilla vereda que serpea
De su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan
Al pasado su mágico color;
Al través de la lluvia son más bellas
Esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Heredad de mis padres, hondo río,
Casita blanca... y esperanza, ¡adiós!



¡Á NADA!

Estaba un día el poeta ocupado, y quizá de mal humor, cuando le presentaron un merengue que le enviaba su amiga Edelmira, con este recado : « Que le diga á qué sabe » ; á lo cual contestó : « Dígale que á nada ». La obsequiosa señorita, que á su vez había recibido como regalo el exquisito merengue de manos de unas amigas suyas, no quedó naturalmente muy satisfecha con la contestación ; así se lo manifestó al poeta apenas le vió, y él entonces, en desagravio, le escribió estos versos.

I

¿ Me preguntas, Edelmira,
Á qué me supo esa pasta
Llamada por ti merengue ?
Pues oye : me supo á nada.
A nada, muy formalmente
Te lo repito : esto basta.

—
El sabor es, Edelmira,
Cual la voz, cual la mirada,
Cual todo lo que sentimos
Y cuyo juez es el alma.
Y si no, dime, ¿ qué dicen
Los pájaros cuando cantan ?

¿ Qué dicen cuando murmuran
En blancas guijas las aguas ?
¿ Qué dice la blanda brisa
Cuando tropieza en las ramas,
Y el fiero mar que se escucha
Cuando colérico brama ?
¿ Qué los truenos cuando rugen
Y entre las nubes estallan ?
¿ Qué los volcanes publican
Cuando vomitan su lava ?
¿ Qué se oye, di, cuando suenan
Repicando las campanas,
Y de un péndulo el latido,
Y el de un perro cuando ladra ?
Dime, ¿ no es cierto, Edelmira,
Que brisas, rumores, auras,
Truenos, volcanes, sonidos,
Son mudos, no dicen nada ?

—
¿ No has visto tú algunos ojos
Que nos miran y que callan ?
¿ No has visto algunas sonrisas
Que entre dos hoyuelos vagan,
Ó bajo naciente bozo
Furtivamente se escapan ?
¿ Qué dicen esas sonrisas,
Mudo lenguaje del alma ?

—
En el campo, á la oración,
¿ No has estado reclinada

Mirando pasar las nubes
 Que en mil grupos se brillantan,
 Que se escarmenan, se apiñan,
 Negras, plumizas ó blancas,
 Cuando el sol al esconderse
 Débiles rayos les lanza?
 Y allí mismo en esas horas
 En el césped recostada,
 ¿No oíste mugir los toros,
 No oíste bramar las vacas,
 Y del caballo el relincho,
 Y el balido de las cabras,
Currucutear (1) las palomas,
 Y al gallo cantar, si canta?
 ¿No oíste de las gallinas
 La monótona algazara,
 Cuando disputan un puesto
 De un árbol entre las ramas,
 Y susurrar las abejas
 Cuando anhelantes enjambran,
 Y á la torcaz que solloza
 Cuando todo rumor calla?
 Edelmira, di, Edelmira,
 Todo esto, ¿qué dice? Nada.

II

Á nada, es decir, á todo,
 Porque esta palabra vaga,

(1) Voz onomatopéyica, usada en el sentido de *arrullar*

Como el maná del desierto
 Á cualquier gusto se adapta.
 Se escucha lo que se quiere
 Porque es fotógrafa el alma,
 Y con su luz un deseo
 Es realidad y resalta.
 Y si no, dime, Edelmira,
 Cuando los pájaros cantan,
 ¿No te expresan lo que anhelas,
 Lo mismo que oculto guardas?
 Cuando las aguas murmuran,
 ¿No responden en su habla
 Á una pregunta secreta
 Que estás haciendo aunque callas,
 Respuesta que á nadie pides,
 Pero que confiada aguardas?
 Y en las brisas apacibles
 Cuando sacuden sus alas,
 ¿No escuchas en tus oídos
 Los mil suspiros que pasan?

III

Nos forja la fantasía
 Lo que la mente anhelara,
 Y oímos lo que queremos
 Si repican las campanas,
 Si mugen fieros los toros,
 Si braman tiernas las vacas,
 Si melancólica arrulla
 La paloma enamorada,

Si el relincho percibimos
Del alazán cuando escarba,
Ó el ladrido de los perros,
Ó el gallo criollo que canta,
La torcaz que se lamenta,
Ó las cabras cuando balan.

—
El mar, el volcán, el trueno,
¿No te espantan cual te espanta
La realidad de un martirio
Que sus sonidos retrata?
En las nubes caprichosas,
Que tímidamente vagan,
¿No ves fantasmas, vestiglos,
Demonios, ángeles, hadas,
De púrpura inmensos ríos,
De plomo negras montañas,
Formando así tu capricho
La figura deseada?

—
Las sonrisas dicen mucho,
Dicen más que las palabras,
Crepúsculo vespertino
Ó tinte róseo del alba,
Ya sean de ira ó despecho,
Ya de amor ó de esperanza.
Y los ojos, ¡oh Edelmira!
El telégrafo del alma,
¿Cuántas cosas no nos cuentan
Con una sola mirada?

¡Oh! Cuán amargas las penas
Son en las horas calladas
De una noche de aflicción....
¡Tan lentas horas no acaban!
Y por eso los murmullos
Que llegan á la almohada
Nos dicen cosas tan tristes,
Que mejor fuera ignorarlas.
Y si postrada en el lecho
Sientes la fiebre que mata,
¿No oyes que el péndulo imita
De la muerte las pisadas,
Cuando palpitando acordes
Tu sien y el péndulo marchan?
Que el péndulo y las arterias
Compás acordado marcan,
Á la sangre que circula
Y al tiempo fugaz que pasa.

—
En fin, sonidos, rumores,
Sombras, sonrisas, miradas,
Volcanes, nubes y truenos
Dicen todo, ó dicen nada.

IV

Convengamos, Edelmira,
En que no sabiendo á nada
Ese merengue exquisito,
Mil cosas ocultas guarda.

Yo al probarlo estaba viendo
 Esas manos delicadas
 De las graciosas criaturas
 Que aéreas cosas amasan;
 Creí que estaba leyendo
 El interior de sus almas,
 Y en su limpio fondo escritas
 Sus ilusiones galanas.
 Me supo, y me supo á mucho.
 Porque no me supo á nada....
 Y veía, sobre todo,
 Que aquella bendita pasta,
 Pasando antes por las tuyas,
 Luego á mis manos llegaba;
 Y pensando en ti leía
 Lo que allá en tu pecho pasa,
 Donde á leer he aprendido
 Por tu voz y tu mirada.

—
 Concluyamos, Edelmira,
 ¿Á qué me supo esa pasta?
 Á lo mismo que estos versos:
 Me supo á todo y á nada.



LAS DOS NOCHES

Á DEMETRIO VIANA

¡Oh! ¡noche oscura! ¡oscura, oscura noche!
 Voy á matar mi luz artificial,
 Y me quedo conmigo en otra noche
 Más oscura que tú, mi propio mal.

Entre dos pabellones que se elevan
 Si negro es el de arriba, el mío es más:
 De esas cortinas ¿cuál me infunde miedo?
 Me infunde miedo la que tengo acá.

Voy á mi lecho, estrujo mi ropaje,
 Dando sin descansar vueltas en él;
 Vuelve el alma sus ojos hacia dentro,
 Y oscuridad en su contorno ve.

Pero en su fondo no, pues dondequiera
 Algo hay que punza y en relieve está:
 No se puede borrar de la conciencia
 Lo que puede borrar la oscuridad.

Los ojos hacia dentro, te aseguro,
 Los infusorios de la vida ven,
 Microscópicos seres que un cocuyo
 Con su luz vacilante hace temer.



LA ORACIÓN

Bien hace aquel que prosternado cae
Y confiesa y alaba á su Señor;
Creer y confesar tal vez lo salven,
Pero es dulce, es mejor pedirle á Dios.

Confiad en la oración, llama que sube
Hasta las salas de la eterna luz,
Telégrafo instantáneo que nos une
Con la patria de amor, patria común.

Las plegarias, que son alas del alma,
La llevan recta hasta encontrar á Dios,
Y oración que á su trono se levanta
Baja trayendo alguna bendición.

Pedidle á Aquel en cuya mansa boca
Tantas promesas para todos hay;
No temáis implorarle á todas horas;
Creed en el *Pedid y se os dará*.

Si no alcanzáis lo que pedís fervientes
(¡Misterioso poder de la oración!),
Encontraréis de los pedidos bienes
Después de orar, necesidad menor.

.



Á JULIA

« Juntos tú y yo vinimos á la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
Á ti vencido yo, tú á mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos. »

Así te dije; ¡oh Dios!... ¡Quién creería
Que no hiciera milagros el amor!
¡Cuántos años pasaron, vida mía,
Y excepto nuestro amor, todo pasó!

¡Con cuánto orgullo yo añadí : mi brazo
Te servirá en la vida de sostén!
De nuestro amor el encantado lazo
Risueño, ufano, al mundo lo mostré.

¡Mucho, mucho, mi Julia, hemos sufrido!
Un abismo descubro entre hoy y ayer;
Mas el débil fui yo, yo fui el vencido;
Tú, fuerte de los dos, tuviste fe.

Y tu fe te ha salvado y me ha salvado,
Pues unidos vinimos hasta el fin,
Cual dos olas gemelas que han rodado
En busca de una playa en que morir.

Basta para una vida haberte amado :
Ya he llenado con esto mi misión.
He dudado de todo... he vacilado,
Mas sólo incontrastable hallé mi amor.

Julia, perdón si al fin de la carrera
Fatigado y sin fuerzas me rendí....
¡Si tu suerte enlazada no estuviera
Con mi suerte, tal vez fueras feliz!

Tú fuiste para mí como la roca
Al solo y casi náufrago bajel,
Que, el ancla en ella al arrojar, provoca
Las tempestades que en contorno ve.

Empero, la borrasca no te arredra,
Aunque se avanza hacia nosotros dos,
Y has querido morir como la hiedra
Que se abraza del olmo protector.

Fué desigual la unión de nuestros lares :
Yo con mis faltas, tú con tu virtud;
Tú dándome tu amor, yo mis pesares....
¡Oh! ¡debiste salvarte, sola, tú!

Mas de la vida en la penosa lucha,
Ya en el fin, como yo debes hallar
Un consuelo supremo : Julia, escucha :
Si no como antes, nos amamos más.

JOSÉ EUSEBIO CARO

Las siguientes autorizadas palabras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo sintetizan el carácter y la obra de este insigne poeta : « José Eusebio Caro fué el más lírico de todos los colombianos, por lo profundo é intenso de su vida afectiva, la cual expresó con rara franqueza y viril arrojo en versos de forma insólita, que bajo una corteza que puede parecer áspera y dura, esconden tesoros de cierta poesía íntima y ardiente, á un tiempo apasionada y filosófica, medio inglesa y medio española, que antes y después de él ha sido rarísima en castellano. La extraña y selvática grandeza de la poesía de Caro procede enteramente de la grandeza moral del hombre, que fué acabado tipo de valor y dignidad humana.

Poeta fué, y altísimo poeta ;
No por poeta, empero, mas por grande...

ha dicho de él D. Rafael Pombo, uno de los espíritus más dignos de comprenderle ». Principiamos esta sección con la oda *La Libertad y el Socialismo*, « la más arrogante y magnífica de sus inspiraciones líricas ». Nació Caro en Ocaña, Departamento de Santander, el 5 de Marzo de 1817. Su enérgica y varonil actitud en la política de Colombia, en defensa de la justicia y el orden, le obligó á emigrar á los Estados Unidos; y poco después de regresar al puerto de Santa Marta, Departamento del Magdalena, murió allí de fiebre amarilla, el 28 de Enero de 1853.